



Universitas, Revista de Ciencias Sociales
y Humanas

ISSN: 1390-3837

revistauniversitas@ups.edu.ec

Universidad Politécnica Salesiana
Ecuador

Martínez, Rodrigo

CAMBIOS Y CRISIS DE LA FAMILIA KICHWA

Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas, núm. 2, 2002, pp. 63-72

Universidad Politécnica Salesiana

Cuenca, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476150821004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CAMBIOS Y CRISIS DE LA FAMILIA KICHWA

Dr. Rodrigo Martínez*

El interés de la Universidad Politécnica Salesiana por conocer la realidad de la familia kichwa, no es casual, porque el Programa Académico Cotopaxi constituye la expresión de una opción hecha por la UPS a favor de la juventud kichwa de la región del Quilotoa, donde los salesianos han evangelizado educando desde una permanente actitud de inculturación.

La familia kichwa en un mundo globalizado, es un tema que exige delimitación y explicación. En primer lugar, el contexto de referencia no es el indígena, porque hay diversidad de pueblos que se identifican como tales y se ha optado por la denominación de “kichwa” porque la reflexión se focaliza en la población que vive en la región del Quilotoa, esto es en una región alta de los andes, a la que Waman Poma de Ayala llamaba “purun suyu” y que es conocida como zona de páramo. Esta región “comprende cinco parroquias rurales que circundan el lago del cráter del extinto volcán, que según las estadísticas nacionales (1995) constituye la región más pobre de la Sierra ecuatoriana y donde se concentra uno de los núcleos de mayor densidad de población indígena”². En segundo lugar, las familias kichwas sufren el impacto cultural ocasionado por una sociedad irreversiblemente globalizada cuyo efecto principal es la desintegración familiar y de la comunidad.

El propósito de este ensayo es reflexionar sobre los cambios visibles y menos visibles que viven las familias kichwas para comprender que lo que sucede en ellas también sucede en otras. Quisiera advertir que este artículo lo escribo sin la autoridad de los especialistas en temas indígenas, y más bien con la intención de compartir preocupaciones sobre la situación de la familia ecuatoriana.

* *Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional de Educación Salesiana del Ecuador y Educador Intercultural Bilingüe*

² JOSÉ SÁNCHEZ PARGA. *Crisis en torno al Quilotoa: mujer, cultura y comunidad*. Centro Andino de Acción Popular, Quito – Ecuador, 2002, p. 16

Muchos datos, se toman de un estudio reciente realizado por José Sánchez Parga, cuyo título es: “crisis en torno al Quilotoa: mujer, cultura y comunidad”. Datos valiosos que respaldan la reflexión en torno a una institución social tan importante como es la familia.

¿Qué es lo que ha cambiado en el páramo del Quilotoa?

Durante las tres últimas décadas se han dado cambios que han sido resultado de largos procesos. Estos han modificado de manera exógena el estilo de vida de las familias del Quilotoa: las haciendas se liquidaron, pasó la tierra a propiedad de los indígenas. La parroquialización significó apertura al mundo no indígena, las escuelas indígenas bilingües se convirtieron en oportunidad para las nuevas generaciones. Pero detrás de estos cambios siempre se tuvo que resolver conflictos de poder: la distribución de la tierra entre indígenas fue inequitativa, la apertura al mundo no indígena significó una crisis para el caciquismo y la fuerte tendencia liberadora de la educación fue debilitando relaciones de dominio.

El sistema de agua entubada impuso la necesidad de una mejor administración de este recurso, la luz eléctrica posibilitó el uso de electrodomésticos que con el uso del gas fueron debilitando el poder del encuentro que tenía la cocina indígena. Los cambios se produjeron en forma tardía pero de forma irreversible.

Aquellas chozas de la década del sesenta fueron reemplazadas por casas de bloque con techo de zinc y las construcciones posteriores con dos o tres pisos de hormigón. Mientras los antropólogos exaltaban el valor ecológico de las chozas, los indígenas querían tener una casa parecida a la del antropólogo. Lo que querían era un bien que les dé prestigio y que haga visible su poder económico. Las construcciones no se realizaron con dinero obtenido de la agricultura, sino con dinero de los migrantes.

Aquel centro de salud desde donde se realizaban visitas a las familias cuando los niños y niñas fallecían a causa de enfermedades que no matan a los/las niños/as ciudadanos/as, es ahora un hospital con una infraestructura física y técnica apreciado más por la población mestiza del subtrópico, que por la población kichwa.

Con la creación de la Dirección Nacional de Educación Intercultural Bilingüe³, casi todas las comunas de la zona cuentan con escuela propia. El servicio educativo creció cuantitativamente mientras su carácter cualitativo constituye un objetivo que exige mayor apropiación de la escuela por parte de la comuna.

Tener escuela se volvió una necesidad provocada por contagio, porque lo percibieron como instrumento de prestigio y control social. Era un servicio comunal adicional a los que ya tenían: panteón, capilla, casa comunal...Este conjunto de servicios les hacía sentir “grandes” para emprender persistentes solicitudes ante las autoridades.

En el aspecto demográfico, es visible un florecimiento de la población infantil, adolescente y juvenil. Es sorprendente constatar que la población femenina menor a 20 años asciende al 57,2% y apenas el 9,8% es mayor de 50 años en las parroquias rurales de la Sierra. Es una población con altos niveles de aspiraciones pero con limitadas posibilidades y el consiguiente riesgo de sufrir profundas frustraciones.

El compromiso matrimonial es menos precoz que hace veinte años, en los que las niñas y niños kichwas pasaban de esta etapa a la adultez sin vivir su juventud. Según el estudio de Sánchez Parga el 56,3% de las mujeres se casan entre 18 y 21 años, el 14% entre 22 a 25 años⁴; en el caso de los hombres la edad de casarse es más o menos dos años más que la de la mujer. Actualmente, la juventud no es una época en la que el matrimonio es la preocupación prioritaria: la educación como conquistas de oportunidades y la migración, lo son en la actualidad. En cambio aumenta el número de uniones libres y de madres solteras.

³ En noviembre de 1988 se oficializa la educación indígena intercultural bilingüe fundamentada en el desarrollo de 15 experiencias de educación indígena a partir de 1944. Una de esas experiencias de base fue la del Sistema de Escuelas Indígenas de Cotopaxi, animado por los SDB desde 1974.

⁴ JOSE SÁNCHEZ PARGA. *Crisis en torno al Quilotoa: mujer, cultura y comunidad*. Centro Andino de Acción Popular, Quito – Ecuador, 2002, p. 25.

Quien conoció hace tres décadas el paisaje natural y arquitectónico de la zona del Quilotoa puede asegurar con evidencias que este ha cambiado, pero quienes hemos acompañado al pueblo kichwa sabemos que los cambios han sido provocados desde fuera.

Han sido los agentes de pastoral, de desarrollo y delegados de instituciones quienes han impulsado respuestas a necesidades consideradas como demandas sociales: educación, salud, agua, luz y otros servicios básicos. Los cambios provocados desde dentro se relacionan con la subsistencia, el prestigio y el poder. Esta constatación desmitifica lo comunitario y evidencia los intereses de familias sobre las demandas sociales.

Los cambios se evidencian en el orden material, en cambio en el orden de desarrollo humano se han deteriorado la calidad de las relaciones lo que afecta directamente a la familia y en ella a la mujer, a la niñez y a los ancianos quienes –según José Sánchez Parga– son considerados como intrusos. Y pregunto al lector ¿acaso no sucede lo mismo en el sector urbano? Simplemente pienso que los sectores sociales marginales sufren de manera brutal las consecuencias de un mundo desordenado en torno a la avaricia por tener y consumir provocando exclusión.

¿Y qué pasa con las familias kichwas?

Resulta difícil abstraer la realidad de la familia separándola de otras realidades como: la relación de género, la reciprocidad y la tierra, porque desde el contexto kichwa el sentido ideal de la familia kichwa es –la unidad de personas que se ayudan mutuamente en un clima de respeto para vivir con dignidad–. Una buena familia es aquella unidad reconocida por la comunidad como parte de ella. La familia está unida por lazos de sangre, por antepasados comunes y territorio. Por tanto, los difuntos son siempre miembros de la familia aunque físicamente no estén presente: se cree que ellos intervienen eficazmente en la vida de la familia.

En la elección de la pareja, todavía intervienen en forma determinante las familias de ambas partes y se aseguran de que la pareja provenga de una económicamente pudiente y con ascendencia social en la comuna. De esta manera el matrimonio, en muchos casos

continúa siendo una alianza entre ayllus (familias ampliadas). Alianzas orientadas a mantener la hegemonía económica y política. Para muchos/as jóvenes, el emparejamiento no es objeto de opción libre y consciente sino una necesidad, es algo que tiene que suceder.

Antes, los contextos sociales de encuentro y enamoramiento eran muy restringidos, por ejemplo, el pastoreo en el páramo y estos momentos eran oportunidades para verse, conversar. Ahora hay más oportunidades: mingas, fiestas, feria y la mejor oportunidad para conocerse y relacionarse es el colegio.

Cuando los adultos veían una adolescente conversando con un adolescente, no admitían que la conversación podía ser de amigos, pensaban que eran conversaciones de enamorados. Proyectaban sus experiencias y se imaginaban acontecimientos que en la mayor parte de casos ni se les había ocurrido a los adolescentes. Sin embargo el chisme y la murmuración circulaba vertiginosa hasta convertirse en presión social para la unión de la pareja.

Si el/la joven quería casarse por atracción y por amor, previo acuerdo con el/la chico/a acordaba la huída, hecho que se explica con el cuento del cóndor y que se relaciona a un rapto ritual. Estando ella pastoreando las ovejas en el páramo, se apareció un joven apuesto vestido con sombrero, bufanda y poncho. Comenzaron a conversar y cuando hubo más confianza el joven le pidió a ella que le espulgara. Cuando ella le espulgaba el cuello por la espalda, aquel joven se transformó en cóndor y se la llevó.

Si los/as jóvenes han estado juntos un par de noches fuera de casa, fuera del alcance de la mirada vigilante de los/as padres-madres, estos piensan con seguridad que “algo inevitable pasó”, por tanto, se ven en el compromiso de acercarse a la familia de la novia y para esto consideran indispensable llevar un presente llamado, “mediano”⁵. Este don responde al principio de reciprocidad porque nadie visita a otro con las manos vacías, además de que este gesto posibilita el inicio del diálogo.

⁵ Mediano, se llama al presente que lleva la familia del novio a la familia de la novia. Es una cesta con productos alimenticios del medio y una botellita de licor.

Cuando las familias llegaban a acuerdos sobre esta unión, se acostumbraba la práctica del “sirvinacui” para la novia: se trata de un período de prueba en el que ella iba a vivir con la familia del novio, para conocerse mejor y verificar si era posible emparejar los distintos caracteres. También era tiempo para aprender las costumbres de la familia del novio.

Para unirse en matrimonio y bajo el rito católico, era necesario trabajar mucho, porque dicha celebración era costosa porque se acostumbraba, por presión social, invitar a todos los comuneros. Toda la comunidad era testigo fiel de esta unión y mediante este acto la nueva pareja pasaba a ser parte de la comuna. De solteros, eran considerados como personas incompletas “chullas”, seres deficitarios, pero como casados se constituyen en una entidad completa, activa que goza de la aprobación comunal para procrear hijos y para emparejar en forma mancomunada la vida.

Las familias de ambas partes y los comuneros se hacían presentes con dones: el regalo más importante era la casa que se construía mediante una minga. La casa y el trabajo productivo son los elementos más importantes para la construcción de la familia.

La agricultura era la principal actividad productiva que permitirá la subsistencia. Por tanto tener una familia numerosa⁶ constituía una bendición, porque con muchos hijos, especialmente varones, había brazos para cultivar la tierra. Los padres de familia preferían la llegada de hijos varones a la de mujeres por la posibilidad de ayuda en los trabajos duros y porque sabían que las condiciones de vida para la mujer eran más difíciles. Sostenían que “ella sufre más que el varón”.

Siempre me ha impresionado esa ligazón a toda prueba de la mujer kichwa al varón y que era visible al término de la feria cuando ella volvía a casa sosteniendo del poncho a su esposo borracho. Cuando él caía a la vera del camino, se quedaba dormido por horas y ella permanecía sentada a su lado hasta cuando él despertaba, sin importar el tiempo.

⁶ El promedio de hijos vivos por familia asciende a siete, afirma Sánchez Parga en el estudio citado.

Cuando el esposo estando borracho agredía físicamente a la mujer, ella solía decir que “él tiene derecho porque marido mismo es”. Como mestizo, me resultaba inoportuno intervenir en defensa de la mujer porque había altas probabilidades de que el esposo piense que la defensa era motivada por razones amorosas, consecuentemente por infidelidad de ella.

Otro aspecto que llama mucho la atención, es que en muchas parejas hay tal subordinación de la mujer con respecto al varón, que es él quién administra el dinero de la casa. Algunas mujeres que tienen ingresos económicos por ejercer la docencia, cambian el cheque y entregan al esposo sin que este les rinda cuenta alguna. Mientras que los ingresos del varón para muchas esposas es un tabú, es decir, prohibido de conocer.

La vida pública, visible y remunerada es para el varón, mientras la vida privada al interior de la casa y sin ningún reconocimiento, sigue siendo lo común para muchas mujeres adultas. El patriarcado en la sociedad kichwa esta vigente como pactos solidarios entre los varones para mantener a las mujeres en condiciones de subordinación.

Cambios que preocupan y que deben comprometernos.

La migración es el cambio más visible en esta sociedad globalizada. Del sector rural migran a las grandes ciudades y de estas a los países considerados “desarrollados”. La migración se ha vuelto un modo de vida para la mayoría de los ecuatorianos. El trabajo ya no se realiza en un solo lugar sino en distintos puntos geográficos. Nuestro país se ha vuelto un pañuelo para mestizos e indígenas.

Según el VI Censo de Población realizado en noviembre de 2001, solo el 39% de la población ecuatoriana vive en el sector rural, mientras en 1974 era el 59%. En los últimos cincuenta años la residencia de la población ha cambiado radicalmente.

En los últimos seis años han migrado en forma definitiva 377 908 siendo sus destinos Estados Unidos, España e Italia y la procedencia de los migrantes ha sido de las provincias de Azuay, Guayas y Pichincha respectivamente.

En la zona del Quilotoa, sin temor a equivocarme, al menos siete de cada diez jefes de familia migran habitual y temporalmente. Esta ausencia paterna genera inseguridad material y psicológica: las niñas y niños crecen al amparo exclusivo de madres con poca instrucción, sobrecarga de trabajo, soledad y profundas frustraciones. Razón tienen los/as educadores/as de afirmar que la mayoría de los alumnos son niños abandonado-as, desnutridos y maltratados/as.

El respeto a los mayores fue por mucho tiempo un valor que identificaba a las familias. Actualmente, los padres de familia cuidan a sus hijos durante la niñez y cuando llegan a la adolescencia, la madre ya no sabe qué hacer para comprender y orientar a sus hijos, por tanto, el diálogo se rompe y muchos adolescentes (hombres y mujeres) emigran para escaparse de ese entorno.

Las nuevas generaciones están creciendo sin conocer ni reconocer la autoridad porque la presencia paterna ya no existe. La consecuencia lógica de esta carencia va a ser la configuración de personalidades anárquicas que acomodan el mundo a sus antojos, que viven sin dios ni ley.

En muchas comunas y familias se piensa que las expresiones de violencia son ocasionadas por la alineación cultural que sufren los migrantes. Dicen que los jóvenes se vuelven borrachos, irrespetuosos, ladrones y peleadores porque esto han aprendido en la ciudad. Por tanto, satanizan a la migración y llegan a considerar a los migrantes como extraños. Incluso los esposos son vistos como seres extraños y de esta forma se van rompiendo lazos de pertenencia e identificación de ellos. ¿Acaso la agresividad no ha sido parte de la vida de las comunas kichwas? ¿Por qué no darse cuenta de las continuas tensiones de poder que se dan entre ayllus? Es que siempre se busca la causa del problema, fuera de contexto y no se resuelve nada.

Retomando el estudio de Sánchez Parga, dice que los jóvenes que migran a la ciudad regresan con un modelo distinto de mujer y yo diría con mayores exigencias de afectos, todo lo cual provoca en las mujeres kichwas cambios en la moda y en la forma de presentarse. Cada vez es más frecuente ver a las jóvenes, soltar ese largo cabello, que por mucho tiempo ha permanecido envuel-

to en cinta, y ponerse blusas un poco más escotadas, como signos de sensualidad. ¿Hasta qué punto, ellas son conscientes de lo que hacen para atraer a los jóvenes?

La ausencia de autoridad de los padres de familia y las frustraciones de la madre ¿qué tipo de sociedad puede generar? Pero además, en un mundo en el que se espera un aporte humanista de la mujer, ¿tiene sentido ese ancestral patriarcado?

Palabras finales.

Para concluir con esta reflexión, es oportuno reconocer que lo que está pasando en las familias urbanas y rurales resulta tan dramático en el mundo indígena como en el no indígena. Los efectos nocivos de una praxis neoliberal excluyente no ve etnias ni territorios, arrasa con todos y frente a ese virus de la desintegración familiar hemos de asumir desde cada familia la opción por admitir que sobre el valor económico y el de los bienes, ningún poder sirve si no reconocemos la dignidad de las personas.

Quisiera que nos demos cuenta de la urgencia de invertir las reglas de juego que nos ha impuesto el neoliberalismo, mediante el trueque del valor del mercado por el valor de la persona. Es preciso cambiar los hábitos inconscientes de consumo por hábitos responsables de producción, cambiar la actitud individualista por una actitud recíproca que se viva en todo momento y todos los días.

No esperemos que la sociedad cambie para nosotros cambiar. El cambio debe darse desde esa célula de la sociedad que es la familia. Si la reciprocidad la hacemos funcionar como antídoto al proceso de exclusión, experimentémosla en forma comprometida desde el núcleo familiar hacia la familia ampliada y que esto se contagie a los centros educativos, a los barrios y a la comunidad. No es posible que un puñado de gente avariciosa tenga más poder que una mayoría en proceso de exclusión. Si ellos tienen tanto poder, es porque les hemos permitido llegar a esos niveles dejándonos arrastrar por la tentación inhumana de querer ser como ellos. En ese generalizado proceso de destrucción de las familias, todos somos cómplices, pero estamos a tiempo de tomar medidas solidarias.

Los cambios, en todos los órdenes de la vida son los efectos de la transformación de ese planeta azul en una pequeña aldea, gracias al avance de la tecnología en comunicación. La globalización es aquel proceso de homogeneización de los modos de producción donde la primacía tiene el mercado en el que los gestores trabajan incansablemente para mantener y estimular los deseos y el insaciable consumo.